

## Los caminos de morir del dictador

*Alderdi*, 263. zk., 1971-05.

Decía Churchill que la democracia es un sistema de gobierno muy malo, pero que hay que reconocerle una virtud: que es el mejor procedimientos político que ha sido capaz de idear el hombre.

El político británico decía esto porque su alternativa es la dictadura personal, el Totalitarismo.

El sistema totalitario implica siempre la imposición de la voluntad de un hombre o de un grupo de hombres sobre la voluntad de los demás. Puede un hombre o un grupo vestirse con ropajes que tengan cualquiera de los colores del arco iris, no importa, porque el despotismo, la dictadura, el caudillaje, la tiranía, la autocracia y el caciquismo tienen en común el resorte político de este principio. Hay casos en que no existe inicialmente una voluntad maligna en el tirano; el dictador actúa muchas veces estimulado por propósitos que tienen buena cara y considera *dogmas* nobles: unir al mundo bajo la dirección de una raza superior; hacer de varios pueblos uno solo y fuerte y grande y libre; hermanar a todos los trabajadores del mundo bajo su dirección; hacer que el babel de tanta lengua se convierta en una sola más práctica: la suya. Pero ocurre que ningún hombre, se llame éste Stalin, Hitler, Duvalier o Franco, ni ningún grupo de incondicionales que le siga, ni ninguna secta de elegidos que haya conseguido crear el tesoro de su administración, ni partido alguno, por fuerte que sea, ha tenido ni tendrá nunca el monopolio de la virtud y de la razón y de la verdad o de cualquiera de esas grandes y sublimes banderas que empuñan siempre los dictadores en exclusiva; y, por tanto, no hay, por sabio, por bueno y por equilibrado que sea, partido ni secta ni grupo ni hombre capaz de merecer la confianza *absoluta* del poder.

La humanidad sabe por larga y dolorosa experiencia que la libertad muere asfixiada por cualquiera de estos dogmas políticos.

Ya hemos dicho que estos dogmas tras los cuales caminan y pisan y matan santamente los dictadores y sus ganapanes tienen diferentes particularidades religiosas, patrióticas y sociales. El ejemplo más reciente de una de ellas, aunque no sea el más próximo, es el que nos acaba de dar el fallecido Presidente Duvalier de Haití.

Decía ya la revista norteamericana *Time* en su edición del 25 de enero pasado, que "aunque el título formal del Presidente François Duvalier era el de *Presidente Vitalicio*, ha actuado siempre como si tuviese la secreta esperanza de ser *Presidente Perpetuo*... "Pero ahora Duvalier parece haber tenido algún aviso indicar de su mortalidad". El Día de la Independencia hizo observar en su discurso que César Augusto tenía sólo 19 años cuando heredó el Imperio de Roma.

Y añadió generosamente: "Yo os daré el poder de la juventud cuando llegue la hora", "porque el futuro pertenece a la juventud". "Por *juventud* quiso decir su único hijo, Jean-Claude, de 19 años". "El hecho", informaba en esta edición de hace cinco meses la revista

norteamericana, "de que Duvalier haya hecho por fin, los arreglos para su sucesión, significa que puede estar sucumbiendo ante su crónica enfermedad del corazón y la diabetes. Existía solamente un pequeño problema, pero la obediente Asamblea Nacional lo resolvió por *voto unánime* dando a Duvalier poder legal para nombrar su sucesor y reducir la edad constitucional mínima exigida por la Constitución para ser Presidente de los 40 años a los 20; y por si acaso, decretó también que Jean-Claude, quien nació de su madre hace 19 años, *tiene realmente 21*".

Ahora, cuatro meses después, en mayo, dice la misma revista norteamericana: "ya descansan en una urna los restos de uno de los más malignos ("malevolent") dictadores de la historia", "y su hijo Jean-Claude se ha juramentado inmediatamente como Presidente".

Haciendo historia (aunque se siga olvidando de otras cosas), *Time* da detalles de que "Duvalier había atemorizado en vida a la gente a través de uso astuto e ingenioso del "voodoo", que es, en efecto, *la religión nacional* de Haití". "*Solicitó la lealtad y la fidelidad de los sacerdotes-voodoo del área rural, trayéndolos a menudo a Port-au-Prince para audiencias presidenciales, y animó los rumores de que poseía poderes sobrenaturales. "Mis enemigos no pueden cojerme", decía a sus seguidores, "ya soy un ser inmaterial". Sigue diciendo la revista *Time* que al principio de su mandato Duvalier *pudo obtener con sus credenciales anticomunistas ayuda importante de los Estados Unidos*; muchos de estos dineros se diluyeron en proyectos grandiosos e inútiles, y el ingreso per-cápita es hoy el más bajo del continente americano. Después de unos relatos espeluznantes del sistema de terror que mereció esas ayudas, culmina la revista norteamericana contando cómo después de los desembarcos rebeldes en 1960 Duvalier apresó a uno de sus jefes le cortó la cabeza y lo llevó a su palacio; allí usó al parecer sus poderes ocultos y obtuvo información de los planes de los guerrilleros mediante el cráneo del muerto.*

Ahora, cuando Jean-Claude ha tomado el poder, ha "jurado continuar la 'revolución' de su padre con la misma 'energía e intransigencia'". *Time* hace la observación de que Haití se ha salvado pocas veces de la violencia durante los cambios de poder. Muchos expertos anticipan un período de intensa, pero silenciosa rivalidad entre el ejército y facciones de la policía secreta que después puede reventar en lucha abierta".

El lector menos avisado puede detectar aquí signos comunes a todas las dictaduras.

Ante esta aberración política que es el totalitarismo se están plantando cada vez con más conciencia de sus derechos naturales los hombres y los pueblos. Esta "ley natural" del derecho que es el derecho natural la definió Cicerón hace ya más de dos mil años (106 a. de C.) diciendo que es "la voz de la recta conciencia humana que nos ordena seguir el bien y desechar el mal, impresa por la divinidad en el corazón del hombre". Cicerón, claro es, sigue vivo entre los que sabemos que la justicia, incluida la que se dejó de hacer en Burgos, y que el pueblo vasco sigue exigiendo, *es un derecho y no un favor*.

Desde luego que para los que quieren usar del sistema de regalar favores que pertenecen desde siempre al pueblo hay prevista la salida de una justicia a su medida.

No un comunista, sino el jesuita Juan de Mariana (1536-1624) dijo ya hablando del origen del poder que el instrumento elegido para organizar el poder del Estado "es un pueblo, y no el rey", y llega a decir que el pueblo puede destituir del mando a un

gobernante que abusa de su autoridad mediante métodos de despotismo y tiranía, y llega a admitir incluso el tiranicidio, o sea, "recurrir como último remedio a la muerte misma del tirano".

Ante esta efigie vieja y siempre nueva del Dictador en la historia de la humanidad, no es difícil entender las palabras de Churchill, porque la democracia que prevé la alternabilidad del poder es el único sistema político que permite el cambio sin violencia.

*Andoni Larreta* [Martin Ugalde]